

Reacciones Contra la Sociedad de Masas

Por Arnold M. ROSE, de la Universidad de Minnesota, Estados Unidos de América.—Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.—Traducción del inglés por Angela Müller Montiel.

Los sentimientos subjetivos de los individuos que forman una sociedad de masas constituyen una gran fuerza en la creación de las nuevas instituciones sociales que modifican dicha sociedad. Las presiones económicas y políticas pueden obrar en la misma dirección al crear vacíos de poder que son una invitación para que los llenen los hombres ambiciosos, pero, frecuentemente, requieren también, para tener efecto, un marco mental popular —basado en los mismos sentimientos subjetivos característicos de individuos que viven en una sociedad de masas— que vea en la fuerza económica o política algo que satisface una necesidad hondamente sentida. Mientras que la explicación funcionalista de los cambios sociales postularía una tendencia natural de la estructura social a crear un nuevo equilibrio en el momento en que las fuerzas sociales que crean la sociedad de masas han trastornado el equilibrio antiguo, nosotros consideramos que la estructura social no tiene ese poder de autoactivación. Más bien preferiríamos tomar el problema en el nivel de los sentimientos e interpretaciones de las masas y reconocer también que éstos frecuentemente no obran en un sentido favorable a la restauración del equilibrio en la estructura social. Los individuos que se encuentran descontentos se empeñan en un proceso de ensayo y error que es probable que no tenga éxito en la remoción de la insatisfacción casi con la misma frecuencia con que llega a lograrla. Incluso en aquellos casos en que triunfa desde el punto de vista de los senti-

mientos individuales, el resultado no es necesariamente un equilibrio de la estructura social.

Consideremos, en primer término, en forma tentativa, los principales sentimientos subjetivos de la población en una sociedad de masas; consideremos, en seguida, los procesos que se han desarrollado para contrarrestar la sociedad de masas y que se han visto relativamente coronados por el éxito.

Debemos aclarar que, cuando hablamos de sentimientos de la masa, no queremos decir con ello que la mayoría de las personas los tengan ni tampoco que quienes tienen un sentimiento tengan también los restantes, sino sencillamente que porciones importantes de la población tienen algunos de estos sentimientos en grado considerable, de tal modo que la población se caracteriza por uno o más de los sentimientos de la masa.

De entre ellos, el primero y más firme es el sentimiento de soledad. La movilidad, la disminución de los vínculos respecto de la familia extendida y de la comunidad, el aumento de posibilidades de vivir la propia vida en forma independiente con respecto a la familia inmediata, la sustitución de la vida rural por la urbana, la dependencia creciente con respecto a un mercado económico impersonal y el distanciamiento del Estado político, contribuyen a disminuir el sentimiento de "pertenencia" y a hacer disminuir notablemente el número de contactos primarios.

Un segundo sentimiento de masas lo constituye lo que podría llamarse "sentido subjetivo de ignorancia". El poder menor que tiene la Iglesia para proporcionar explicaciones convincentes y satisfactorias de los acontecimientos naturales y sociales desempeña aquí un papel importante. Si bien es cierto que el hombre común de hoy está mejor informado que el hombre común de la época que precedió a la introducción de la educación pública de sentido científico o racionalista, las escuelas públicas no le ofrecen ni pretenden ofrecer una metafísica popular. Las consecuencias de esto pueden expresarse diciendo que el hombre moderno está mejor informado, pero que tiene menor sentido de comprensión. Los hechos que aprende a conocer están menos integrados y se interpretan menos. Por otra parte, el conocimiento que imparte la escuela hace que se pongan en tela de juicio algunos dogmas metafísicos ofrecidos por las Iglesias que siguen tratando de proporcionar a sus miembros una visión completa del mundo. Y, por otra parte también, el hecho de que el hombre moderno esté sujeto en forma creciente a una mayor variedad de procesos sociales que los que conocían en su mayoría las poblaciones pre-industriales le hace sentir que sólo conoce una pequeña parte del mundo cognoscible. Cuando el mundo

cognoscible parecía más pequeño y sencillo era más fácil sentir que se estaba próximo a la comprensión de cuanto podría ser comprendido.

Un tercer sentimiento de las masas es el de la impotencia y la pérdida del autocontrol. Puede dudarse de que el medieval haya tenido bases para sentir que disponía de libertad de elección aun cuando fuera libremente aceptada en su tiempo la doctrina del libre albedrío, pero, en cambio, en los siglos XVIII y XIX la creciente liberalización de toda la estructura social y la nueva posibilidad de control de la Naturaleza puesta a disposición del hombre por el gran desarrollo de la ciencia y la tecnología dio origen al sentimiento de que existían mayores posibilidades de control personal y social, siendo esa la era en la que la idea del progreso cautivó la imaginación del hombre. Y aunque ya desde el XIX algunos obreros y escritores comenzaron a notar que la maquinaria los controlaba más de lo que ellos controlaban a las máquinas, la concepción de que son la ciencia y la tecnología las que dominan a la sociedad se ha difundido va a una parte más considerable de la población.

Ha habido un conjunto de innovaciones tecnológicas —que ha posibilitado las comunicaciones para las masas— que ha tenido una fuerza particularmente considerable en cuanto a reducir el sentimiento de la mayoría de la gente en cuanto a ser capaz de controlar la propia conducta. No sólo hay más propaganda, sino que la gente se percata más claramente de que hay más propaganda. Este conocimiento puede tener por efecto real el de hacer que disminuya la influencia de la propaganda, pero la gente parece creer también que está influida y, con ello, la mayor percepción de la propaganda incrementada puede aumentar su sentimiento de que está controlada por ella.

Los descubrimientos más notables de la ciencia moderna han tenido el mismo efecto. Cuando se habla de la fisión y de la fusión nuclear, de los computadores electrónicos que tienen cualidades cuasi-humanas, de los viajes espaciales, del estroncio 90 que les promete el cáncer a los vivos y la imbecilidad a sus futuros descendientes, de la trasmutación del carbón en diamante, del espacio infinito y de una docena de tópicos que aunque sean declaraciones públicas de los científicos parecen más irreales que los suplementos dominicales de hace cincuenta años, el hombre común tiende a sentirse relativamente ignorante e indefenso.

El ethos del positivismo moderno, frecuentemente identificado —erróneamente— como la metafísica necesaria de la ciencia, enfatiza el determinismo, y, en el grado en que éste ha sustituido las concepcio-

nes religiosas e idealistas del libre albedrío, el hombre moderno ha adquirido también un sentido reducido de autocontrol.¹

Al lado de ese sentimiento de impotencia y falta de autocontrol se ha producido la pérdida del sentido de control sobre la propia identidad. En la sociedad de masas el hombre tiende a sentir que es un ser anónimo, o sea, que no tiene sitio aceptado en la sociedad; que no tiene forma de asegurar su identificación; que la mayoría de la gente que le rodea no sabe quién es. En cuanto las actividades de la sociedad van siendo determinadas cada vez más por fuerzas enormes han disminuido aquellos objetivos determinados en forma personal que son los que proporcionan distinción e identidad personal al individuo.²

La separación de quienes controlan el poder en nuestra sociedad en relación con los vínculos de la tradición, probablemente haya incrementado la creencia del hombre común en el sentido de considerarse como dependiente de su poder: el dictador moderno tiene mucho más poder incluso que el que disfrutaban los reyes "absolutos" y "por derecho divino" y el "capitán de industria" ha tenido mucho mayor poder que cualquier empresario medieval hasta que el Estado y los sindicatos limitaron parcialmente su poder. La tradición proporcionaba antiguamente un derecho superior al cual estaban sujetos tanto esos capitanes como los reyes. Ahora que eso falta el hombre medio se siente mucho más sujeto a los caprichos de ellos, aun cuando él también se haya liberado parcialmente de las limitaciones de la tradición.

Una cuarta característica de los sentimiento de los individuos que forman la sociedad de masas la constituye la inseguridad económica. El sistema económico de libre empresa que se desarrolló hacia fines del siglo XVIII en Inglaterra y Estados Unidos de América, les dio al empresario y al trabajador un nivel de vida superior al de cualquier otro sistema conocido por el historiador o el antropólogo, pero produjo también "una dislocación catastrófica en la vida de la gente ordinaria", como indica Polanyi.³ Antes de la revolución industrial la mayor parte de la gente tenía una seguridad económica básica. El siervo feudal era

¹ La ciencia, de por sí, no puede tomar posición en el debate metafísico del libre albedrío frente al determinismo. Nos referimos aquí a las filosofías que dicen interpretar las implicaciones metafísicas y epistemológicas de la ciencia.

² Sobre el sentido de identidad en la sociedad moderna véase Nelson N. Foote, "Identification as the Basis for a Theory of Motivation". *American Sociological Review* (16). Febrero de 1951, 14-21; Nelson N. Foote and Leonard S. Cottrell Jr., *Identity and Interpersonal Competence*. University of Chicago Press. Chicago, 1955.

³ Karl Polanyi, *The Great Transformation*. Farrar and Rinehart. Nueva York, 1944.

tratado casi como esclavo y tenía un mínimo de derechos políticos y legales, pero “perteneía” a un trozo de tierra y nadie podía echarlo de allí, aun cuando no fuera su dueño. La aldea medieval tenía también una “tierra comunal”, en la cual se podía obtener el sustento mediante la cría de ganado. El siervo y el campesino, antes del siglo XIX, subsistían en un nivel de vida extremadamente bajo, pero, con excepción de las épocas de hambre generalizada, sabían que había recursos económicos mínimos de los que siempre podían depender. El “movimiento de bardamiento” los despojó de la mayor parte de sus tierras y las revoluciones comercial e industrial transformaron en obreros a la mayoría de los campesinos. Cada obrero encontró que su seguridad económica dependía completamente de la bondad del patrón y cada patrón hubo de enfrentarse a la competencia dentro de un mercado impersonal. Cada vez que se perdía la confianza en el patrón, ya por sus arbitrariedades ya por su falta de efectividad en la competencia, decaía el sentimiento de seguridad del trabajador. Aun cuando el promedio de ingresos por trabajador aumentó considerablemente bajo el capitalismo industrial, el sentimiento de seguridad decayó. Cada depresión, con su subsecuente aumento de desempleo, constituyó un nuevo golpe para los sentimientos de seguridad económica del obrero. Puede relatarse una historia análoga por lo que se refiere al negociante. Durante la Edad Media su producción estaba protegida por los gremios y sus ingresos por el concepto de “precio justo”. Esto no tenía nada que ver con la eficiencia o la iniciativa y sus ganancias eran bajas, pero seguras. Cuando se desarrolló el sistema de libre empresa, a fines del siglo XVIII, el comerciante tuvo oportunidad de enriquecerse, pero aumentaron asimismo sus riesgos de fracasar. A partir de ese momento quedaba sujeto a las vicisitudes de la competencia, de las depresiones, de la moda, en la demanda de sus productos, de las invenciones que podían hacerlo a un lado en el mercado. Las quiebras comerciales fueron más frecuentes. La inseguridad, tanto de los obreros como de los comerciantes, queda demostrada por su conducta de pánico siempre que parece amenazar una depresión.

Desde el ángulo del consumidor, se presentó la nueva posibilidad de quedar aislado, repentinamente, por una depresión de los artículos y servicios que generalmente están a disposición de la sociedad. La economía de mercado libre abrió grandes posibilidades nuevas al consumidor de artículos, especialmente en el caso de los grupos de ingreso medianos y bajos, al desarrollarse la producción en masa, pero estos artículos podían quedar fuera de su alcance cuando atacara una depresión o en caso de perderse el empleo y, por lo mismo, no podía

desarrollarse ninguna seguridad ni identidad con ellos. Por otra parte, los artículos de consumo quedaron más sujetos a la influencia de la moda: las modas en los artículos de consumo, junto con otras fuerzas sociales modernas, han hecho que el hombre común de hoy se percate en forma creciente de que el cambio no siempre significa progreso.

No todas las actitudes provocadas por la sociedad de masas son, con todo, negativas. Reconocer las oportunidades de desarrollo económico y de una movilidad social ascendente es atractivo cuando los motivos para temer la inseguridad económica son escasos. El sentido de liberación de la tradición puede producir una gran euforia, especialmente entre las personas de espíritu creador. El reconocimiento de que se ignoran grandes zonas del conocimiento actual y potencial les da a algunas personas de mentalidad fuerte un sentimiento de superioridad psicológica sobre aquellos que no reconocen su ignorancia. El aumento en las posibilidades de aislarse y estar solo, resulta muy agradable para las personas que encuentran que la asociación íntima y el control ejercido por una sociedad integrada resultan sofocantes. Sin embargo, hay que reconocer que las fuerzas que crean la sociedad de masas probablemente sólo resulten atractivas para una pequeña minoría dentro del total de la población, mientras que la gran mayoría busca fuerzas compensadoras y trata de desarrollar estructuras de compensación en la sociedad.

La mayoría de las fuerzas que crearon la sociedad de masas alcanzó completo desarrollo en el período previo a la primera guerra, aun cuando los medios de comunicación para las masas tuvieron mayor impacto con posterioridad. Las fuerzas contraatacantes que debemos de considerar ahora se han presentado principalmente en el período interbélico, aunque la primera de ellas se remonte hasta el siglo xix.

Parecería muy probable el que quienes sienten los malos efectos de la sociedad de masas habrían de volverse primeramente hacia la ciencia y la educación en busca de compensaciones psicológicas. Creer que el conocimiento científico está aumentando la comprensión que tiene el hombre sobre la Naturaleza y el control que sobre ella ejerce compensa a muchas personas la pérdida de los dogmas religiosos. El reconocimiento de que el conocimiento puede llegar hasta las masas al través de la educación pública, compensa también a muchas personas por el escepticismo que ataca a muchas de las enseñanzas religiosas. Algunas personas llegan a esperar incluso que el desarrollo de las ciencias sociales, junto con la creciente difusión pública de sus descubrimientos e interpretaciones, será capaz de contrabalancear las inseguridades creadas por los nuevos descubrimientos de las ciencias físicas.

Toda la ideología del progreso, que se desarrolló paralelamente a la sociedad de masas en el siglo xviii y que alcanzó máxima popularidad cuando las fuerzas de la sociedad de masas eran más potentes, en el xix, puede considerarse como una reacción psicológica o como una compensación por los malos efectos de la sociedad de masas. El atractivo que tienen algunas formas de pseudo-educación de masas —tales como los suplementos dominicales, la conferencia vulgarizadora, los programas de preguntas y respuestas, el “créalo aunque no lo crea” y la “ficticiencia”— no dependen sólo de su brillo o de los escalofríos que producen, sino de que parecen proporcionar conocimientos y, con ello, proporcionan una compensación psicológica al sentimiento de la propia ignorancia. La gente dice, frecuentemente, que gusta de estas cosas “porque aprende algo de ellas”. En el grado en que hay una demanda de educación seria para los adultos —al través de libros serios, pero legibles, de artículos y de programas de radio y de televisión, así como al través de cursos formales— existe una base aún mayor para estas compensaciones psicológicas.

Una segunda institución hacia la que se ha vuelto el hombre moderno en busca de seguridad psicológica es la familia nuclear, o sea, la familia formada por esposo, esposa e hijos y, ocasionalmente, por algún abuelo. Esta institución se encuentra al través de la mayor parte de la sociedad occidental y en muchas sociedades no occidentales, aun cuando a veces parece que está parcialmente sumergida por la familia extensa y por la comunidad; pero los adultos, y especialmente las mujeres, por lo general han dependido de ella para su seguridad psicológica. Los rasgos modernos que hipotetizamos son, por lo menos en parte, reacciones en contra de la sociedad de masas⁴ y consisten en un nuevo énfasis en el “compañerismo” entre el marido y la mujer, entre los padres y los hijos. El marido ayuda a su esposa en los trabajos domésticos; la esposa comparte los problemas de trabajo del marido; la esposa ayuda a cubrir el presupuesto y los gastos familiares; ambos tratan de divertirse juntos; aumentan los juegos con sus hijos y se esfuerzan por tratarlos como camaradas. Todos estos son fenómenos modernos.⁵ A muchos adultos de nuestra sociedad la familia nuclear es la única que les proporciona “compañerismo”; es para ellos la única salvaguarda regular en contra

⁴ Con esto no queremos negar el que la familia nuclear moderna tenga otras causas; queremos afirmar, simplemente, que una de sus fuentes de desarrollo y de energía se encuentra en la compensación que proporciona contra la sociedad de masas.

⁵ E. W. Burgess y H. J. Locke, *The Family: From Institution to Companionship*. American Book Company. New York, 1945.

de la soledad. Es así como les proporciona una compensación parcial respecto de la sociedad de masas.

Una de las características mencionadas anteriormente como conducentes hacia la sociedad de masas fue el debilitamiento de la familia extendida. En comparación con los períodos pre-industriales ha habido, ciertamente, una disminución relativa de la familia extensa, pero es muy probable que hayan exagerado sus apreciaciones sociólogos como Weber, Park y Wirth ya que algunos estudios recientes sugieren el que las relaciones dentro de la familia extensa se siguen encontrando aún en forma abundante en las sociedades contemporáneas. Ciertos estudios realizados en relación con los residentes de clase media de Buffalo,⁶ Detroit⁷ y Los Ángeles,⁸ indican que casi el 50 por ciento de los entrevistados veían a sus parientes por lo menos una vez a la semana o varias veces a la semana. En otro estudio sobre San Francisco,⁹ se encontró que casi el 90 por ciento dijo que alguno de sus familiares secundarios era uno de sus amigos más íntimos. En New Haven,¹⁰ cerca del 70 por ciento de los entrevistados de una muestra de la clase media dijo que recibía ayuda considerable de personas de su familia. En Cleveland¹¹ el intercambio de ayuda y de servicios entre familiares dentro de la clase media, llegaba casi al 100 por ciento, y al 92.5 por ciento en la clase obrera. De acuerdo con un estudio hecho sobre una comunidad de la clase obrera en Londres¹² las relaciones con la familia secundaria eran suficientemente íntimas como para dar como resultado el que se presionara para vivir cerca unos de otros y como para que se presionara asimismo en el sentido de encontrarles trabajo a los parientes. Los autores de todas estas observaciones dan por supuesto, implícitamente, que sus descubrimientos

⁶ Eugene Littwak, "The Use of Extended Family Groups in the Achievement of Social Goals." *Social Problems*, 7 (Invierno de 1959-60), 179. Referencia a la propia tesis doctoral inédita, 1958, págs. 79-81.

⁷ Morris Axelrod, "Urban Structure and Social Participation". *American Sociological Review*, 21. Febrero de 1956, 13-18.

⁸ Scott Grear, "Urbanism Reconsidered". *American Sociological Review*, 21. Febrero, 1956, 22.

⁹ Wendell Bell y Marion D. Boat, "Urban Neighborhoods and Informal Social Relations". *American Journal of Sociology*, 42. Enero de 1957, 396.

¹⁰ Marvin B. Sussman, "The Help Pattern in the Middle Class Family" *American Sociological Review*, 18. Febrero de 1953. 27.

¹¹ Marvin B. Sussman, "The Isolated Nuclear Family: Fact and Fiction". *Social Problems*, 6. Primavera de 1959, 335. Véase también la referencia a otros estudios en la pág. 334.

¹² Michael Young y Peter Willmott, *Family and Kinship in East London*. Routledge and Kegan Paul. London, 1957.

prueban que las relaciones con la familia secundaria no han disminuido tanto como pensaban los antiguos sociólogos. Sin embargo, a falta de estudios anteriores o longitudinales, puede aceptarse razonablemente la hipótesis de que la familia secundaria se ha deteriorado mucho en las ciudades occidentales hacia fines del XIX y ha revivido algo dentro de las últimas décadas. No se conocen pruebas directas que apoyen esta hipótesis, pero se sabe en forma general que la rebelión abierta en contra de los padres ha disminuido entre los jóvenes adultos a partir de 1930, por lo menos en parte; que hay, asimismo, menos rechazo de la identificación étnica que hacia esa fecha y que el descuido de las obligaciones familiares es menos probable en período de prosperidad que en período de desempleo frecuente. Así, pues, es posible que tanto los sociólogos antiguos como los modernos tengan razón y que los nuevos descubrimientos reflejen una especie de reacción en contra de la sociedad de masas.

Hay un tercer desarrollo que resulta relativamente nuevo para la mayoría de la población, si bien existió ya en otras sociedades, en otras épocas, tales como la Roma Imperial. Se trata de lo que observadores como A. V. Dicey, Robert E. Park y Walter Lippman¹³ han llamado "el público". El público es un gran grupo informal, no integrado, de discusión.

Cuando surge algún problema, o cuando sucede algo que les concierne a todos colectivamente, los miembros del público discuten el asunto de tal manera que la actitud de todos queda influida por la actitud de cada uno de los demás. Esto no significa que la "opinión pública, resultante sea completamente unánime; sencillamente significa que todas las personas comprenden más o menos los puntos de vista del otro y que les conceden cierta consideración. Tampoco significa que todos consideren el mismo asunto o sigan la misma línea de desarrollo cultural; hay muchos públicos, cada uno con diferentes intereses y puede uno unirse a uno de ellos o abandonarlos, libre y voluntariamente. Aunque existe este elemento de pertenencia voluntaria, el público, para cualquier problema específico es un grupo bastante definido, con comunicación adecuada entre sus miembros. Por tanto, no hay aislamiento social; no hay sentimiento de soledad; no hay anhelo insatisfecho

¹³ A. L. Lowell, *Public Opinion and Popular Government*. Nueva York, 1913; A. V. Dicey, *Lectures on the Relation Between Law and Public Opinion in England During the Nineteenth Century*. Londres, 1914; R. E. Park y E. W. Burgess, *Introduction to the Science of Sociology*. University of Chicago Press. Chicago, 1921, págs. 791-6; W. Lippmann, *Public Opinion*. Macmillan. Nueva York, 1922, y *The Phantom Public*. Macmillan. Nueva York, 1925.

de pertenecer a un grupo o a un movimiento. Aunque todos los miembros del público están sujetos a las mismas influencias —incluyendo la propaganda— las influencias chocan en sus efectos y no se les concede todo su valor; por lo cual no son directamente determinantes. Los miembros de un público no responden directamente a los estímulos exteriores como lo hacen los miembros de un auditorio: evalúan cada influencia para ver como encaja dentro de sus conocimientos, sus creencias y sus esperanzas. El público tiene una cultura y un conjunto de ideales para formar estas evaluaciones.¹⁴

Los públicos sólo pueden existir cuando la tradición no es suficientemente fuerte como para sofocar o estereotipar las discusiones; cuando la movilidad geográfica de los individuos y la diversión laboral entre los grupos son suficientemente amplias como para permitir el que las personas se comuniquen —al menos ocasionalmente— con quienes no están asociados a ellas de continuo y cuando existe una cierta diversidad de opiniones así como intereses heterogéneos en la sociedad. Así, los efectos sociales de la revolución industrial, que ayudaron a crear la sociedad de masas, crearon también las condiciones que han posibilitado el desarrollo del público.

Pero el público requiere algo más: reclama que haya conversación entre personas que tienen tan sólo relaciones secundarias unas frente a las otras. De ahí que la gente deba tener interés por conversar; de ahí que no deban existir tantas barreras culturales como para impedir toda conversación.

De hecho, la única diferencia entre la masa y el público estriba en que cuando los integrantes de la masa rompen el aislamiento que separa a unos de otros y comienzan a intercambiar hechos y opiniones se convierten en público.¹⁵

La condición psicológica de los miembros del público es muy diferente de la de los integrantes de la masa. Como conversan entre sí, ya no se sienten tan solos; como cambian entre sí hechos y opiniones, ya no se sienten tan impotentes. El extraño puede entrar fácilmente en un público y, en cambio, esto no sucede en la sociedad integrada. Esto resulta particularmente importante cuando la movilidad creciente que

¹⁴ Arnold M. Rose, *Sociology: The Study of Human Relations*. Alfred A. Knopf. Nueva York, 1956, págs. 295-6.

¹⁵ Es concebible el que el público pueda desarrollarse a partir de la sociedad integrada tradicional, pero históricamente, en la sociedad occidental parece haber surgido de la coagulación o integración parcial de la masa.

caracteriza a la sociedad de masas, hace que muchas personas se sientan extrañas en esta época.

En consecuencia, la formación de los públicos es una reacción ante la sociedad de masas y proporciona una compensación psicológica a los sentimientos engendrados por la sociedad de masas.

Una cuarta reacción ante la moderna sociedad de masas es la asociación voluntaria. Aunque esta asociación haya existido también en otras épocas y en otras sociedades, las asociaciones voluntarias se extendieron mucho tras el impacto causado por la sociedad de masas.

La asociación voluntaria es, simple y sencillamente, un público en el que existe una relación más permanente entre los miembros y que posee una estructura más formal. Tiene de común con el público su especialización referida a uno o más intereses, sus actividades de discusión que en veces conducen a la acción social, el grado diferente en que absorbe a sus miembros, su deseo de considerar argumentos y métodos nuevos y no tradicionales (aun cuando cada asociación voluntaria tienda a desarrollar sus propias tradiciones), y la forma en que depende de la discusión racional.

Más sujeta a regulaciones que el público la asociación voluntaria tiene, por lo general, un efecto psicológico más fuerte sobre sus miembros, en lo que se refiere al contraataque de los sentimientos engendrados por la sociedad de masas. Al proporcionar ocasiones regulares para reunirse, al ofrecer excusas para la discusión de las actividades y problemas de la asociación, estos grupos reducen el aislamiento y ligan al individuo a un círculo social, aunque el grupo tenga una base de interés en vez de tener la tradicional base residencial. Finalmente, el núcleo de una asociación voluntaria es una *Gemeinschaft*. Al reunir informaciones sobre los temas que le interesan especialmente y transmitirla a sus miembros, así como al proporcionarles oportunidades para intercambiar opiniones respecto de la información, la asociación voluntaria reduce el sentimiento de ignorancia, por lo menos en relación con los temas especializados de interés de sus miembros. Al atraer a personas que tienen influencia o son expertas en sus temas de interés; al hacer que sus miembros discutan la estrategia y la técnica para el logro de los objetivos de la organización; al proporcionar sus miembros oportunidades para observar la forma en que la presión y la estrategia del grupo se convierten en acción de cambio social especializado, dentro de una democracia, la asociación voluntaria contribuye a la reducción del sentimiento de impotencia social entre sus miembros. Al proporcionarles la oportunidad de trabajar en algo creador, aunque no sea sino en un *hobby*, la asociación voluntaria ofrece a sus miembros un escape

parcial del aburrimiento y del sentimiento de inutilidad. En esta forma la asociación voluntaria contraataca los sentimientos engendrados por la sociedad de masas y es el sustituto, en la moderna sociedad democrática, del grupo integrado de la sociedad primitiva o *folk*.

Una fuerza relativamente menor que contraataca la psicología de masas es el *hobby*. En él se incluyen los deportes por afición (o las aficiones deportivas) y actividades de diversas clases que se realizan en el hogar; esto, en los últimos años, ha asumido las proporciones de casi un movimiento social. Se ha sugerido ya que las asociaciones voluntarias se forman a veces en torno de un *hobby*, y ya hemos hecho notar los efectos de esta asociación en contra de la sociedad de masas.

Pero, aun cuando el *hobby* sea practicado por individuos no organizados, hay algunos efectos psicológicos que contraatacan los creados por la sociedad de masas. En primer lugar los *hobbies* ofrecen oportunidades para la creación; para aquella forma de creación de acuerdo con la que la gente ordinaria desea y puede ser creadora. Con ello se logra una disminución de sus sentimientos de aburrimiento e inutilidad.

Los *hobbies* consistentes en armar aparatos posiblemente contribuyan poco a la seguridad económica. También ofrecen, algunas veces, oportunidades adicionales de contacto social: 1) entre los compradores y vendedores de materiales, y 2) aun entre quienes tienen el mismo *hobby*, en cuanto tratan de comparar técnicas y resultados.

Algunos *hobbies* —particularmente los deportes— requieren el que se reúnan regularmente grupos de personas que tienen los mismos gustos. Estos contactos contribuyen en parte a reducir la soledad y posiblemente también un tanto a reducir el sentimiento de ignorancia.

Algunos *hobbies* y deportes hacen que la gente salga mucho “al campo”, al aire libre y probablemente entre sus adictos se extienda el sentimiento de una comunión con la Naturaleza si no con otras personas.

Es probable que los *hobbies* sean tan antiguos como el hombre, pero no hay duda de que es en los tiempos modernos, cuando ha aumentado el tiempo libre, cuando hay mayor poder de consumo, cuando se les ha encontrado útiles para contraatacar sentimientos negativos engendrados por la sociedad de masas, cuando se han extendido considerablemente.

Unidos al *hobby* y a la asociación voluntaria marchan ciertos acontecimientos que muestran una tendencia hacia la ruralización de la sociedad moderna.

Aunque la tendencia principal ha sido hacia la urbanización de la sociedad rural, por extensión de la sociedad de masas hacia la mayoría de las zonas agrícolas, también ha habido algunos acontecimientos que

contrarrestan esta tendencia, como la aparición de la comunidad suburbana, la creación de ciertas comunidades-jardín de carácter residencial dentro del complejo urbano, la popularización de la costumbre de irse a vivir a un campamento en las vacaciones veraniegas —sufriendo, dicho sea de paso, bastantes incomodidades—, la difusión de la jardinería como *hobby* entre los habitantes de las ciudades y la intensificación de las asociaciones voluntarias en algunas comunidades urbanas hasta un grado tal que hace que esas comunidades tengan ahora un carácter integrado.

Por otra parte, el proceso de desplazamiento de las relaciones primarias a las secundarias en las ciudades, parece que ha sido exagerado por muchos sociólogos. En la ciudad moderna parece que ha surgido un sentimiento de identificación con la comunidad local aun cuando el mismo no resulte tan extenso como el de la sociedad *folk*. En la ciudad se forman grupos amistosos aunque los mismos no tengan siempre un fundamento residencial, sino se basen frecuentemente en la comunidad de ocupación o de intereses. Un estudio de Gregory Stone¹⁶ hecho a partir de una muestra obtenida de entre las amas de casa de Chicago indica que éstas, en gran proporción, hacen sus compras con base de orientaciones “de personalidad” y “de ética” más bien que con orientaciones de “racionalidad económica” o “no-patéticas”; asimismo señala tal estudio que esto es aplicable especialmente a las zonas más urbanizadas, o sea, a aquellas que corresponden a quienes son habitantes urbanos en una tercera generación y que han alcanzado una posición económica y educativa relativamente elevada. La tienda local no es sólo un sitio en el que se hacen compras, sino un sitio en el que se ha llegado a conocer a los tenderos y en el que se puede discutir con ellos sobre una gran variedad de cosas. Hay numerosas relaciones amistosas y primarias que se desarrollan en la gran ciudad y puede lograrse un sentido de identidad personal en un vecindario urbano e incluso en una ciudad en su conjunto.¹⁷ Este sentimiento puede ir aumentando en la medida en que la población urbana está formada más por habitantes originarios de la ciudad misma que por emigrantes desplazados de las zonas rurales.

Las formas especiales de reacción en contra de la inseguridad económica creada por la sociedad de masas pueden formar tres grupos: las actividades gubernativas para proporcionar un mínimo de seguridad

¹⁶ “*Sociological Aspects of Consumer Purchasing in a Northwest Side Chicago Community.*” Tesis inédita de maestría. Universidad de Chicago. Junio de 1952.

¹⁷ Joel Smith, William H. Form y Gregory P. Stone, “Local Intimacy in a Middle-Sized City”. *American Journal of Sociology*, 60. Noviembre de 1954, 276-84.

social; 2) formación de monopolios y otras estructuras como medios de defensa en contra de las vicisitudes de mercado libre, y 3) ajuste en la tecnología de la producción en masa.

Hay varios aspectos económicos de los fenómenos arriba enunciados que no nos interesan por ahora, incluyendo el problema de si a la larga resultan o no efectivos en cuanto se trata de reducir la inseguridad económica. Suponemos pura y simplemente que los mismos están motivados en parte por el deseo de reducir la inseguridad económica.

Los comerciantes han creado sociedades anónimas para limitar su vulnerabilidad en caso de fracaso; han formado combinaciones para controlar el mercado y derrotar a los competidores; han establecido acuerdos para impedir el uso libre de las invenciones; han distribuido sus inversiones a modo de asegurarse el que no todo naufrague simultáneamente; han impuesto ciertas cláusulas en sus sociedades para asegurar un ingreso vitalicio; han sobornado a los políticos con el fin de controlar los recursos naturales y las rutas de transporte.

Los obreros, por su parte, han formado sindicatos para lograr aumentos de salario; han establecido reglas arbitrarias, pero imparciales, para los ascensos; han puesto restricciones al ingreso laboral; han presionado a los políticos para que voten leyes sobre el salario mínimo, sobre seguros de jubilación y desempleo; han tratado de conseguir contratos anuales que les garanticen el salario y el trabajo durante un año; han exigido seguro médico y fondo de pensiones.

Algunas de estas medidas han dado como resultado la ineficacia económica; casi todas van en contra de los intereses económicos del otro grupo y de los consumidores; muchas de ellas han aumentado la inseguridad económica de quienes no están organizados, pero, en cambio, han aumentado también las seguridades económicas de los organizados; por lo menos en un período inmediato, que es en el que ellos pueden verlas.

Aunque es indudable el que el motivo principal de estos movimientos lo ha sido la búsqueda de la seguridad económica, dichos movimientos han tenido también ciertas consecuencias que limitan los efectos de la sociedad de masas.

Estos acontecimientos se han originado en los consorcios y los sindicatos, que son asociaciones voluntarias y tienen todos los efectos de la asociación voluntaria en lo que se refiere al contraataque de la psicología de la sociedad de masas. Aunque algunos dirigentes obreros apenas si permiten alguna participación de los demás miembros en el manejo del sindicato hay una menor participación de otro tipo en la mayoría de los sindicatos. En el nivel más bajo, o sea, en el de las quejas ruti-

narias contra el patron a nombre del sindicato, casi todos los sindicatos tienen actividades sociales; todos distribuyen credenciales, carteles, distintivos y otros símbolos materiales que les ayudan a los miembros a identificarse mutuamente. Casi todos distribuyen entre las infanterías folletos que sirven para informar sobre las actividades del sindicato e incluso para interpretar los acontecimientos sociales en general. Algunos sindicatos tienen un programa educativo para sus miembros. Algunos alientan a sus miembros a participar en las comisiones; otros los ayudan en su trato con el gobierno (dándoles, por ejemplo, consejos acerca del pago de impuestos o de la obtención de servicios sociales, la ley, el mercado de habitaciones, etc.).

Hay, asimismo, beneficios psicológicos, no materiales, que dimanán del sindicato, como son: el ver que los representantes sindicales hablan con el jefe de igual a igual; el leer en los diarios los éxitos alcanzados en ocasiones por su sindicato; el considerar a los dirigentes y miembros de otros sindicatos como hermanos. Las asociaciones de comerciantes, por su parte, proporcionan un número mayor de tales ventajas, especialmente por lo que se refiere a las actividades que comprenden una verdadera distribución de poder. Todas estas actividades —incluyendo a las puramente simbólicas— ayudan a contraatacar las concomitanias psicológicas de la moderna sociedad de masas.

El aumento en la especialización tecnológica también ha dado como resultado la enajenación económica.

Como ya han indicado varios autores —desde Marx hasta Friedmann y Drucker¹⁸—, la tendencia, a partir de la Revolución Industrial, ha marchado en el sentido de hacer que el trabajador controle cada vez menos sus instrumentos y quede incapacitado para ver todo el proceso productivo, que se vea incapacitado para controlar el ritmo de su trabajo y que el patrón no atienda a sus necesidades personales y humanas. Y si bien es probable que esta tendencia se esté continuando en algunos países que han adaptado con retraso las técnicas de “eficiencia” estadounidense, de acuerdo con el consejo —de antes de la primera guerra— dado por Frederick W. Taylor, en Estados Unidos de América, al menos, existe una tendencia importante que marcha en sentido contrario.

Es cierto que se sigue utilizando el sistema de ensamblaje en línea en muchas fábricas, pero con frecuencia se hacen arreglos para que el trabajador pueda controlar su velocidad sin dañar el sistema. La auto-

¹⁸ Georges Friedmann, *Problèmes Humains du Machinisme Industriel*. Gallimard Paris, 1946; Peter F. Drucker, *The Future of Industrial Man. Day*. Nueva York, 1942.

matización ha producido un sistema en el que el trabajador evita los trabajos mecánicos y pasa su tiempo en trabajos más creadores y menos fastidiosos de inspección, reparación y ajuste de máquinas muy complicadas. La tendencia (a largo plazo) de sustitución del trabajador calificado por el no calificado, se ha invertido no sólo debido al pequeño aumento de los trabajadores calificados, sino también por el gran aumento de los trabajadores semi-calificados. El experto en eficiencia de Estados Unidos de América usualmente se percata muy bien en nuestros días —e incluso algunos dirían que se percata “demasiado”, desde el ángulo del desarrollo político independiente del trabajador— de las necesidades humanas y sociales del obrero. Los dirigentes de las fábricas conceden asimismo una atención creciente a la orientación del obrero en relación con el establecimiento industrial y con su comprensión del proceso productivo.

Según esto, en un grado notable los acontecimientos tecnológicos más recientes, así como las actitudes más modernas de los directivos modernos, se han combinado para contrarrestar las consecuencias de la revolución tecnológica de los siglos XVIII y XIX.

Puesto que una de las fuentes principales de la sociedad de masas ha sido la depresión económica profunda y recurrente, con su desempleo, el control aparente y parcial de este fenómeno por el gobierno, a partir de 1940, ha tendido también a limitar el carácter masivo de la sociedad. En el mismo grado en que el hombre ordinario cree que no debe ser excluido de la obtención y disfrute de bienes y servicios que la economía pone en disponibilidad, y en el mismo grado en que de hecho reclama una cantidad creciente de los mismos, hay menos peligro de que se sienta económicamente aislado de la sociedad. Otro enfoque de este fenómeno puede hacerse desde el ángulo político: el gobierno, al través de sus crecientes medidas de control sobre la economía y de su creciente protección del individuo en contra de las vicisitudes económicas, se ha convertido en una especie de socio del “hombrecillo” en su lucha económica por la existencia y, si bien posiblemente reduzca esto las libertades tanto económicas como de otro tipo, a la larga también reduce el aislamiento existente en el hombre moderno en relación con su sociedad.

Hemos examinado diversas fuerzas sociales y varias instituciones, modernas en su mayoría, por lo menos en el grado en que tienen importancia para la mayoría de la población, que se han desarrollado en contra de la tendencia histórica que lleva hacia la sociedad de masas. En Estados Unidos de América y en otros países de gran desarrollo industrial, como Suecia e Inglaterra, posiblemente la tendencia haya

sido detenida e incluso es probable que se le haya hecho retroceder. En los últimos diez o veinte años se han presentado quejas acerca del exceso de integración y del exceso de conformismo en dichos países. Esto no significa que los problemas sociales creados por la sociedad de masas hayan sido resueltos: siguen existiendo las víctimas extremas de la sociedad de masas: los aislados y desorganizados a quienes no han llegado las fuerzas contraatacantes; sigue en pie el que la recesión económica no ha sido controlada completamente, así como el que la asociación voluntaria, la familia nuclear y otras instituciones no son contravenenos totalmente eficientes, pues para muchas personas, sólo contrarrestan parcialmente los sentimientos de soledad, ignorancia, impotencia, inutilidad e inseguridad creados por la sociedad de masas.

De todos modos hay que reconocer que se han formado estas fuerzas contraatacantes y que han ido adquiriendo cada vez mayor importancia.